

conforme la comendacion, han sido los caracteres rivales...
que se ha de obtener, publicada extemporaneamente, pedida
y otorgada para encubrir una falta que saca el doble apo-
crite de disparate y de crimen, no puede no deber tener los
de retroactivos. Y donde estamos a parir, en la parte que
mejor le pareciese, pudiere un chino, un chino, un mexica-
no, y en general cualquier extranjero o nativo del pais, can-
dida su racionalidad, por otra que la proporcionara un aut-
or poderoso, a fin de hacer valer las reclamaciones de
los extranjeros. Hasta para el simple reconocimiento de derechos
contra el tesoro mexicano, han exigido las convenciones de
otras potencias extranjeras, la triple condicion de au-
toridad, continuidad y actualidad, para que sea admisible con-
tra el tesoro del Estado, que los presentes reclamando su de-
recho de extranjero. Toda cuestion en sentido contrario
de una exigencia intolerable, que serian la parte a los
mayores gastos.

LA CUESTION EXTRANJERA

México, Octubre 28 de 1862.

Un año hace ya que se firmó en Lóndres la convencion
tripartita, y esta es la fecha en que no se realiza todavía el
plan formado por la coalicion, y modificado luego por el em-
perador de los franceses, cuyo gobierno es el único que in-
tenta llevar adelante la temeraria empresa que ha acometido.
Pero lo mas raro del caso es, que ignoramos aún las verda-
deras intenciones del desatentado monarca, pues si las dába-
mos ya como fielmente expresadas por el órgano imperial
ante el cuerpo legislativo frances; si las vemos reproducidas
con carácter oficial por el nuevo general en jefe del ejérci-
to expedicionario, otras noticias, otros datos vienen á con-
tradecir abiertamente las mencionadas declaraciones, para
dejarlos, lo mismo que al principio, en la duda y la vaci-
lacion.

No es extraño que siga siendo para nosotros un enigma
el programa de Napoleon, cuando acaso ni él mismo sabe á
punto fijo lo que resultará de sus actos. Su política ha ca-
recido hasta aquí de base determinada; la veleidad, el des-

concierto, la contradicción, han sido los caracteres invariables con que se ha marcado. Ese hombre ignora á dónde va; quiere hoy lo contrario de lo que ayer quería; derriba con una mano lo que levanta con la otra. Logogrifo incomprensible, ha acabado por ser la negación de todo principio, la representación de la insustancialidad en el trono. Consigue ser nombrado presidente de la República, fingiéndose defensor de las ideas democráticas, y ahoga la libertad con el golpe de Estado, que le sirve de escalon para asaltar el solio. Proclama en el célebre banquete de Burdeos que el imperio sería la paz, y el imperio es y ha sido una guerra continua. Emprende la campaña de Crimea para contener los avances de la Rusia, y deja luego que la Francia haga un papel ridículo en Siria, no resuelve las complicaciones de la cuestión de Oriente, acaba por aliarse con la potencia que pretendía humillar, é infunde temores de que piensa en un nuevo tratado de Tilsitt. Ofrece que la Italia será libre hasta el Adriático, y se para en la mitad del camino ante el famoso cuadrilátero, y falta á sus promesas, deja á Venecia entregada al verdugo, de cuyas garras había libertado á la Lombardía. Se llama representante de los grandes principios de la revolución de 1789, los únicos que servían para explicar su ascension al poder, y la presencia de las tropas francesas en Roma es el solo obstáculo que se opone á la desaparición de esa institución carcomida, á que se dá el nombre de poder temporal del Papa. Tal es la historia de ese pretendido genio, de ese especulador que pasaba por el primer político de la época. Napoleón III es una esfinge, que cada seis meses necesita de un nuevo Edipo.

Nada, pues, tiene de singular, como indicábamos al principio, que el soberano en quien ha encarnado la contradicción, ó no sepa bien á bien lo que se propone hacer en Mé-

xico, ó cambie de propósito al impulso del mas insignificante acontecimiento. Para no extraviarnos en el camino que vamos á recorrer con motivo de la invasión que nos ha enviado, importa mucho conocer el carácter del gratuito enemigo que nos ataca. Lo que diga, lo que afirme, lo que proteste, lo que estipule, ha de tener siempre poco valor, y no habrá que fiar en apariencias engañosas. Por fortuna es tan marcada para México la conducta que debe seguir, que forzosamente contrastará la firmeza de nuestra determinación, con las eternas irresoluciones de nuestro antagonista.

No obstante esta advertencia, nunca estará por demas ir siguiendo paso á paso las peripecias de la situación, como que van formando parte muy principal del drama que se ejecuta. Hoy nos toca discutir los dos diversos planes, entre los que fluctúa al parecer el indeciso ánimo imperial.

El primero se nos ha revelado en unos artículos del *Esprit public*, firmados por el conocido escritor Hipólito Castille. Doloroso ha sido para nosotros encontrar al fin de escritos dictados por la mas torpe adulación, el nombre del autor de la Historia de la segunda República francesa, de los Retratos políticos contemporáneos, de la Historia de sesenta años, de tantas otras obras de indisputable mérito. La deshonra inherente á los refractarios sube de punto, cuando cae en una de esas capacidades privilegiadas, que deberían captarse ante todo la estimación de la humanidad. La prostitución de la inteligencia es uno de los abusos mas imperdonables; comete un suicidio moral quien emplea torpemente ese hermoso don.

Compadecemos al escritor, y fijémonos en su obra. En ella, despues de enunciar que no es la reparación de algunos daños lo que hará sacrificar vidas y gastar sumas considerables, se ensalza la grandeza de la expedición á México

al extremo de afirmar, que si el gobierno imperial hubiera cometido mil faltas, encontraría el correctivo de sus errores en la buena direccion de tan alta empresa. Para explicar ese alambicado concepto, se pregona que se viene á impartir auxilios á la raza latina, amenazada por la anglosajona; se indica que se trata de trabajar por la revolucion en contra del absolutismo; se anuncia que se fundará en México una Argelia americana; se sostiene que la Francia recobra la direccion del grupo latino, abandonada desde la muerte de Luis XIV; se propala que se defenderá la idea querida de la libertad, conteniendo el principio de esclavitud, que seguiria á las invasiones de los aventureros del Sur de los Estados- Unidos; se declara, en fin, que se vengará en México á la Europa entera de esos suspicaces desdenes que por tanto tiempo la habian apartado del nuevo continente, y que se inaugurará la contra de la doctrina de Monroe, que pretendia excluir á las potencias europeas de toda intervencion en los negocios de América.

Por mas que Castille haya procurado deslumbrar á sus lectores con el falso brillo de una pomposa fraseología, basta el mas ligero exámen para desentrañar los absurdos, las vaciedades, los sofismas, las contradicciones que abundan en sus artículos. Con perdon del mismo Castille y del ilustre anciano Pasquier, dirémos á nuestra vez nosotros, que es tan escandalosa y atentatoria la expedicion á México, que si el gobierno imperial hubiera sido en todo digno de alabanza por su conducta hasta aquí, habria convertido su gloria en deshonor con la adopcion de semejante empresa. Mal modo de impartir auxilio es comenzar por meterse de rondon en la casa ajena contra la voluntad de su dueño; y pues ni hemos pedido esa ayuda, ni la aceptamos, ni vemos en nuestros pretendidos auxiliares sino foragidos que abusan de la

fuerza para imponernos su voluntad por ley, está de sobra esa máscara con que se quiere ocultar la fealdad de un atentado injustificable. Léjos de que se trabaje por la revolucion en contra del absolutismo, lo contrario es precisamente lo cierto, siendo absolutamente inexplicable que los principios revolucionarios, entendiéndose por tales los del progreso, se avengan con la pretension del extranjero, retrógrada como ninguna otra, de querer cambiar el gobierno y las instituciones de un pueblo soberano. La fundacion de una Argelia americana, ó sea la conversion de México en colonia francesa, está en abierta contradiccion con los trabajos en favor de la revolucion, lo mismo que con la defensa de la libertad. Para que la Francia recobre la direccion del grupo latino, no basta que lo quiera el gobierno de esa nacion; se necesita ademas la aquiescencia de los pueblos que forman ese grupo, y por nuestra parte protestamos, como interesados que somos en la cuestion, que nos oponemos á que Napoleon III continúe la obra de Luis XIV, porque eso seria tanto como entregar la Iglesia á Lutero. Muy loable es el propósito de contener los avances del principio de la esclavitud; así lo ha comprendido México desde los primeros dias de su emancipacion política; así lo ha practicado, repitiendo constantemente que es libre cualquier esclavo por el solo hecho de pisar su territorio; pero á mas de no necesitar tutor para obrar como lleva tiempo de estarlo haciendo, no sabemos con qué derecho viene la Francia, *hospite insalutato*, á intervenir en lo que no le importa. Y por último, si aun pudiera ponerse en duda la sabiduría de la doctrina de Monroe, lo que en estos momentos está pasando con nosotros seria mas que suficiente para recomendarla, hasta el punto de hacer obligatoria para las naciones iberoamericanas, la adopcion en su derecho público de precaucion tan saludabel.

Dejando á un lado las vacías y sofisticas apreciaciones de los proyectos que se atribuyen al emperador, y fijándonos en lo sustancial de ellos, sacamos en limpio que se trata de fundar una Argelia americana, con lo cual aparece como un engaño deshonesto cuanto oficialmente se ha estado repitiendo en todos los tonos, sobre la libertad en que ha de dejarse á esta nacion para que adopte el gobierno que prefiera, con la seguridad de que ha de ser respetado por el invasor. ¿Falsía tan repugnante, doblez tan odiosa, dolo tan vergonzoso, contribuirán á revestir la expedicion de ese carácter de grandeza, que hacia desear á Pasquier no morir, y que llena de profunda admiracion á Hipólito Castille?

Tambien en la famosa correspondencia interceptada al suizo que por arte mágica se volvió frances, hay aseveraciones que confirman la revelacion del *Esprit public*. El sobrino Luis, refiriéndose á Chevardier, anuncia que el emperador no habia tomado una resolucion definitiva acerca de los negocios de México, por ser contradictorias las noticias que de aquí recibe, y por tal motivo ha encomendado á Forey el establecimiento de un órden de cosas conveniente; pero Elseser (padre) afirma que se ha resuelto colonizar, que se trata de una trasformacion completa, que se prescinde del paso por Nicaragua para fijarse en el de Tehuantepec, que la expedicion se enlaza tambien con los negocios de los Estados Unidos, que habrá trono y protectorado, que se piensa hace tiempo en hacer de México una nueva Argelia. Algo ó mucho debe haber de cierto en todo esto, cuando por diversos conductos se reciben noticias idénticas de personas que debemos suponer bien informadas, unas por reputarse órgano de la política imperial, y otras por el afan con que escudriñan lo que pasa en las altas regiones del poder, por el interes vital que tienen en el resultado de la expedicion.

Sin embargo, en contra de aseveraciones tan explícitas, tenemos el manifiesto publicado por Forey en Veracruz, inmediatamente despues de su llegada. Ese importante documento es la reproduccion en miniatura del capcioso discurso del ministro sin cartera Billault. Se anuncia que se va á dar á conocer las verdaderas intenciones de Napoleon; se repiten las acusaciones solapadas contra España é Inglaterra; se hace de nuevo alarde de la justicia de las reclamaciones de la Francia; se declara tambien que no se viene á hacer la guerra al pueblo mexicano, sino á un puñado de hombres sin escrúpulo y sin conciencia, que han pisoteado el derecho de gentes, gobernando por medio del terror mas sanguinario, y que para sostenerse no han tenido vergüenza de vender á pedazos al extranjero, el territorio de su país: se afirma que luego que el mismo pueblo mexicano sea manumitido por las armas francesas, elegirá libremente el gobierno que le convenga, agregando Forey que trae expreso mandato de declararlo así: se llama hombres de ánimo fuerte á los que se han reunido á los expedicionarios, cuya especial proteccion han merecido; pero se les advierte que el general en jefe llama, en nombre del emperador, sin distincion de partidos, á todos los que quieran la independenciam de su patria, y la integridad de su territorio; se entona, por último, el estribillo de costumbre, sobre que la bandera francesa representa en América, lo mismo que en Europa, la causa de los pueblos y de la civilizacion.

El carácter oficial del manifiesto de Forey nos impone la obligacion de comentarlo, siquiera sea brevemente.

Bastante hemos dicho ya sobre la imposibilidad de conocer las verdaderas intenciones de Napoleon, por la extraordinaria facilidad con que cambia de política, así como por la falta de plan en los negocios de México, á la que debe atribuirse

buirse que esté obrando bajo el influjo de las impresiones del momento. Además, si hasta ahora se anuncian las verdaderas intenciones imperiales, lógicamente se deduce que las manifestadas anteriormente han sido falsas, lo cual no es muy honroso para el gobierno de S. M.

Inglaterra y España dejaron sola á la Francia en la contienda, no por una fatalidad difícil de prever, sino por haberse negado á patrocinar el negocio Jecker, que era parte esencial del ultimatum de Saligny; por no haber querido participar de la deshonra consiguiente á la violacion de los preliminares de la Soledad; por haberse resistido á imitar el escándalo de la infraccion del compromiso de la retirada á Paso Ancho.

La injusticia de las reclamaciones de la Francia salta á los ojos, con solo considerar que se ha hecho cuestion nacional la de un suizo que no se ha naturalizado hasta hace dos meses; que se han reclamado doce millones por perjuicios imaginarios, que ni siendo positivos podrian ascender nunca á esa cantidad; que se ha pretendido fijar los derechos de arancel é intervenir en nuestra administracion de justicia. Por otra parte, aun siendo patente la de esas reclamaciones, semejante razon no podria ya tomarse en boca, cuando está declarado que la expedicion francesa no viene á pedir la reparacion de determinados agravios, sino á cambiar el gobierno existente en el país.

Tan frecuente ha sido la costumbre adoptada por los que invaden países ajenos con siniestras intenciones, de protestar que van como amigos generosos á trabajar por su bienestar, que aseveracion tan trillada no pasa ya de un despreciable lugar comun, incapaz de alucinar á nadie. Pasmoso es que se califique al gobierno mexicano de puñado de hombres sin escrúpulo y sin conciencia, cuando será eternamente glorioso

para México el empeño con que se ha llevado el respeto al derecho de gentes y la longanimidad á un extremo nunca visto, y cuando la calificacion parte de los que no han cuidado de declarar previamente la guerra; de los que cometen con la invasion un atentado horrible; de los que han quebrantado solemnes compromisos de honor. Ese terror sanguinario que se atribuye á nuestros gobernantes, plagiando á la Gravière, es una de las mil mentiras con que se pretende disculpar una agresion vandálica. Otro tanto decimos de la supuesta venta al extranjero del territorio mexicano, cargo que se formula á sabiendas de que es falso, para que la calumnia desprestigie la buena causa. Y aun suponiendo ciertas esas acusaciones maquiavélicas, aun admitiendo que el gobierno de México fuese atroz y sanguinario, y que enagenase el territorio, ¿quién daría derecho al extranjero para intervenir en lo que no le concierne? ¿Quién lo autoriza para constituirse en reparador de agravios ajenos?

Escogiendo la expresion mas ofensiva para explicar esta cruzada de nueva especie, se dice que las armas francesas vienen á manumitir á nuestro pueblo. México no está esclavizado por nadie; se rige por instituciones eminentemente liberales; es gobernado por funcionarios provenientes del sufragio popular. Debiendo la caridad bien entendida empezar por la casa propia, cuerdo seria que, ántes de emplearse en empresas lejanas se ocuparan las armas francesas en la obra meritoria de la manumision de su país, que bien lo necesita para salir de la esclavitud á que lo tiene reducido el despotismo. De no hacerlo así, acudan esas afamadas armas adonde se invoque su auxilio, no á México, donde ninguna dueña dolorida, ninguna princesa Micomicona ha pedido de hinojos al nuevo Don Quijote del Sena que venga á desfacier entuertos.

Mantumitidos ya, se concederá á los pobres libertos el insigne favor de elegir el gobierno que prefieran, el cual se protesta que será respetado, subentendiéndose que para ello ha de prestar dócil aquiescencia á las pretensiones de los manumisores. Desde la primera vez que se emitió tan peregrina idea, nos estamos devanando los sesos para comprender, sin conseguirlo, cómo la simple ocupacion de algunas ciudades, ha de permitir al invasor consultar la opinion pública por medio del sufragio universal. Estando casi todo el país fuera del dominio del extranjero, y no mandando aún en el terreno que pise, sino en lo exterior y no á las voluntades, solamente el puñado de traidores que le sirve de séquito obedecerá sus preceptos, de manera que al fin se ha de venir á parar en la junta de notables que interpreten la voluntad del pueblo mexicano, al antojo del tercero de los Napoleones.

¿Cómo no se ha avergonzado Forey en llamar hombres de ánimo fuerte á los que pelean contra su patria en las filas del invasor? Hay acciones tan viles, que ni el mismo á quien aprovechan puede encomiarlas sin degradarse: la estimacion debe reservarse exclusivamente para lo que es noble y honroso. Tambien Bourmont el desertor, tambien Marmont el falso, el desleal, el ingrato, fueron hombres de ánimo fuerte. La proteccion especial que se otorgue á sus imitadores mexicanos, de nada servirá en su favor, dejándolos para siempre manchados con la ignominia del parricidio, y al nivel de Dominguez, el contraguerrillero del tiempo de la guerra con los Estados-Unidos. Ese ejemplo, por fortuna, tendrá pocos sectarios: los que de veras amen la independenciam de su patria, preferirán los trabajos y la muerte al envilecimiento de acudir al llamado del emperador.

Hastia ya la jactanciosa pretension de denominar propaga-

dores de la civilizacion á los que conculcan sus leyes mas sagradas. Esas palabras suenan en los oidos de un pueblo invadido con escandalosa iniquidad, como las protestas de virtud en boca de las cortesanas.

En resumen, del manifiesto de Forey se saca la consecuencia, despojándolo del oropel que lo cubre, que las *verdaderas* intenciones del emperador están reducidas á intervenir en nuestros negocios domésticos, á derribar el gobierno nombrado, obedecido y acatado por la nacion, á sustituirlo con otro emanado de la influencia extranjera. Tales intenciones son de diversa estofa de las de la propaganda revolucionaria, y la Argelia americana, y la direccion del grupo latino, y la contra de la doctrina Monroe; pero son igualmente atentatorias á la soberanía de México, igualmente inadmisibles, y de consiguiente, sin pararnos á investigar en este caso cuál es la *verdad verdadera*, como dicen nuestros maestros los franceses, debemos buscar en las armas la única solucion posible de la cuestion.

Las versiones examinadas no son las únicas que corren por esos mundos de Dios. Conocido el flaco de la política imperial, por demas versátil é inconstante, los proyectos de monarquía vuelven á estar en boga. Háblase de nuevo del archiduque Maximiliano, que debe estar á la fecha adelantado en el español, si ha seguido tomando lecciones de este idioma. Piénsase tambien en el príncipe Luis de Baden, de quien se asegura que vendrá á militar en la expedicion, sin duda para conquistar, como los antiguos paladines, á punta de lanza, el país en que debe reinar. Entra igualmente en la competencia un Napoleon trasconejado, al que no servirá de embarazo para la soberanía el plebeyo nombre de Patterson. Tampoco se quedan en el tintero, ni el rey Othon, á pesar de lo mal que ha gobernado á los griegos, ni el duque de Montpensier,